

¿Cuántos rasgos brillantes de virtud y de doctrina no ilustraron también el sexto siglo? En el mismo Oriente, en donde el espíritu de fe y de unidad amenazaba ya un triste decaimiento, y en donde los emperadores Anastasio y Justiniano hallaron tanto número de clérigos, abades y obispos fáciles en seguir sus profanas empresas, vemos, sin embargo, santos prelados y cenobitas ilustres, incapaces de hacer traición á la causa de Dios por servir al César; y así admiraremos entre los solitarios á San Sabas y á San Teodosio, que de la integridad de la fe hicieron la basa de la disciplina y de la perfección regular que restauraron. Si los patriarcas de Antioquia y de Jerusalen, Flaviano y Elías, se olvidan de la veneración debida á un Concilio general; si Macedonio cae en la flaqueza ó en la simplicidad de suscribir al Henótico del emperador Zenon, veremos cómo estos mismos obispos repararon su culpa con ventaja y quisieron más perder sus Sillas que abandonar la fe: veremos al mismo Justiniano, aunque tan mal instruido acerca de tantos otros intereses de la Iglesia, protegerla con sus leyes, honrarla con su celo en reducir una multitud de hereges y cismáticos, y trabajar con eficacia por estenderla entre las naciones infieles.

Pero en el Occidente fué donde la edad de fervor mereció toda la gloria de este título hasta su último periodo. En él veremos á un San Benito en Italia, ilustre patriarca de nuestros cenobitas, de cuyas virtudes y milagros fueron los reyes testigos y admiradores; un San Columbano, en la isla de los Santos y después en los diferentes reinos de la Galia; un San Martin de Dume, en España; un San Fulgencio, en Africa y en las costas incultas de la Cerdeña, en los retirados parages de la piratería y del robo; y los veremos hacer florecer la piedad, la regularidad, el desprendimiento, la concordia y todas las virtudes sublimes que se admiraron en la sociedad de los primeros fieles. No hablo de sus innumerables discípulos, casi tan dignos de admiración como sus maestros, ni de la multitud de cristianos perfectos que brillaron en todas las condiciones y clases, principalmente en el obispado. Un San Gregorio, que por

su virtud, prudencia y doctrina consiguió tan justamente el sobrenombre de Grande, bastaría por sí solo para ilustrar su siglo para siempre.

Después de tantos prodigios de virtud, ¿habrá necesidad de exaltar sus milagros, que si bien no eran tan frecuentes como en tiempo del establecimiento de la Iglesia, todavía se dejaban ver muchos para facilitar sus progresos, y no faltarán en ella en tiempo alguno, porque siempre se verificará que Dios es admirable en sus Santos? Sin recorrer las distancias de tantos lugares consagrados con las cenizas de los amigos de Dios, que en ellos yacían y en donde la profusión de las maravillas del cielo atraía sin cesar millares de peregrinos; entre nosotros tenemos con qué convencer á los que todavía no hayan tomado la resolución premeditada de negarse á toda persuasión. ¿Quién puede quitar el título de Taumaturgo ú obrador de maravillas á un San Martin de Tours, después de tantos siglos de posesión? ¿Hay cosa alguna mejor atestiguada que las innumerables maravillas que le grangearon ese título? ¿No se halla consignado este en los mismos monumentos que la conversión á la fe de nuestros primeros reyes, que erigieron tantos templos y oratorios á este poderoso patrono, que le rindieron homenaje por tantas victorias y le consagraron magníficos trofeos de estas, y miraban como tan terribles é inviolables los juramentos que hacían por su nombre, y celebraban sus fiestas con una solemnidad y una alegría de que todavía hallamos vestigios después de quince siglos?

Que contra la persuasión del universo no se nos opongan algunos lugares comunes y las declamaciones de algun retórico sobre la simplicidad y credulidad de los tiempos antiguos; porque en el juicio de las personas algo versadas en el conocimiento de la antigüedad, todo esto no será más que una salida vaga de la mala fe ó de una ignorancia despreciable. Procuraremos hacer notar la religiosa y escrupulosa circunspección de los prelados en el exámen y publicación de los milagros. Ya desde los primeros siglos se espulsó de la Iglesia á los impostores que, llevados de un falso celo por la gloria de los Apóstoles y los márti-

res, les atribuían escritos ó maravillas que ellos inventaban. En el quinto siglo veremos un San Agustin que por sí mismo preside á la relación de los milagros obrados por las reliquias de San Esteban y á la redacción de los monumentos en que debía perpetuarse su memoria. ¿Con qué prudencia no procedió en la verificación y en la confirmación de las menores circunstancias de aquellas maravillas, no obstante que tenían por testigos las ciudades enteras de Uzala y de Calama? En la lectura de estas relaciones, que durante muchos años se hacía públicamente en la fiesta del santo mártir, se detenían en cada milagro y hacían que se presentase la persona en quien se había obrado, para que todo el mundo reconociese la verdad y la duración, con el fin de que la impostura no tuviese parte en la edificación, como no la había tenido en la institución de la Iglesia. Tal fué desde su origen la vigilancia de los pastores en todo cuanto puede contribuir á la seguridad del sagrado depósito; y tal será, como lo veremos en el contesto de esta obra, la fidelidad del que prometió estar con su Iglesia hasta la consumación de los siglos.

No es menester más que ir siguiendo sin preocupación la historia de los peligros y triunfos de esta Iglesia, para convencerse de la verdad y de la divinidad de la Religión que ella nos enseña; y por el contrario, bastará observar los pasos de la impiedad, para conocer su debilidad é inconsecuencia. Los estrechos límites de un discurso no nos permiten esponer esta segunda parte de un paralelo que tanto haría resaltar lo que hasta aquí hemos dicho; pero que solo corresponde á ello de un modo indirecto. Para nuestro principal objeto, bastará hacer observar; al concluir, que el sofista incrédulo no tiene de ordinario más apego á sus opiniones que el que tiene á sus vicios: no puede defenderse contra las pruebas de nuestras verdades, sin decirse interiormente que creería en cualquiera otra materia, si tuviese los mismos motivos, y que si la fe fuese tan favorable á las pasiones como les es contraria, entonces la abrazaría sin repugnancia. El incrédulo no dudó, mientras tuvo buenas costumbres, y sus incertidumbres

no nacieron hasta que sobrevinieron sus extravíos.

Al principio se estremeció de lo que después escusó insensiblemente como una simple flaqueza, y por último se glorió de ello. Pero como el gusano roedor de la conciencia le hacía pasar crueles momentos, pretendió sofocarle, y para esto le fué también preciso ahogar en su alma el presentimiento de una eternidad funesta: ¿y qué hizo? Imaginó que á una magestad infinitamente benéfica é infinitamente feliz no la convenía ocupar su atención en unos viles átomos como somos nosotros, y mucho menos castigarlos. Pero un ser racional no podía, digámoslo así, hacer pie en un terreno tan movedizo, ni detenerse en una cuesta tan rápida y pendiente, y por eso dijo que el alma moría con el cuerpo, así como había nacido con él; y de aquí provino ese grosero materialismo, ese horrible sistema de un todo puramente sensible, que poniendo la felicidad del hombre en los placeres de los sentidos limita sus deberes y sus deseos á contentarlos: principios contradictorios y ruinosos, establecidos en el tiempo del desorden y retractados en el de la penitencia. En la fuerza de la edad y en la de una salud que prometía larga vida, se blasfemaba sin freno: en la declinación de la vida ó de las fuerzas, ya se cree, se reza, y con demasiada frecuencia sucede abandonarse al temor servil y cobarde de Antioco, ó á la funesta desesperación del discípulo traidor. Si algunos sostienen mejor el personaje del orgullo, ¿qué se infiere de aquí, sino que son unas ciegas víctimas que sacrifican su misma eternidad al fantasma á que han sacrificado toda su vida?

¿Qué convicción, qué evidencia no se necesitaria tener para tomar una resolución que decide de asuntos de tanto interés? Pero los más obstinados incrédulos, lejos de tener de su parte la evidencia de que se jactan, confiesan que jamás han podido adelantarse más allá de las dudas. Colocados en un rincón del mundo, y sin saber, según sus propios principios, de dónde vienen ni á dónde van (si creemos á un sábio tan hábil en sondear la profundidad del corazón humano como en meditar la inmensidad del

espacio), sin ver mas que infinidades y abismos, dispuestos á tragarlos por todas partes; siendo mortales, como no pueden durarlo, y habiendo ya muchos andado gran parte de su carrera mortal, lo único que saben indubitablemente es que al salir de esta vida han de caer en la nada ó en el infierno; y lo que infieren de su incertidumbre sobre tan espantosa alternativa, es pasar el resto de sus dias en la indecision y en una estúpida inercia, ó tal vez en irritar de nuevo al Dios terrible que los ha de juzgar segun la persuasion de los hombres mas arreglados y, por una consecuencia muy verosímil al menos, mas ilustrados que ellos. Si esto es lo que llaman ser espíritu fuerte, preciso es decir que toda la fuerza de su espíritu consiste en correr ciegamente azares tan evitables como temibles, en no seguir la prudente conducta que siguen en todos los demas asuntos, y en ajar y despreciar osadamente la razon y la conciencia en favor de las pasiones.

Y esta estraña valentía ¿qué es lo que ganaria, aun cuando nosotros nos engañásemos con los Apóstoles, con los mártires y con todos los santos maestros de una Religion, que si no estuviera ya establecida debiera ser el objeto de todos nuestros deseos? ¿Es acaso felicidad, como el incrédulo pretende imaginar, el ser aniquilado en la muerte? ¿No es antes bien el delirio de un delincuente que se quita la vida en un calabozo con el fin de escapar del suplicio? ¿Tan poco importa la vida! ¿Qué aventuraria el enemigo de la fé, aun cuando por imposible fuesen sus paradojas otras tantas demostraciones, en pasar algunos años en la paz y estimacion que la virtud proporciona, en ser justo y honrado, amado y sociable, arreglado en sus costumbres, buen esposo, buen padre y buen ciudadano? Estos bienes produce la sumision sincera al yugo de la fé, y esta verdad es tan constante y tan generalmente reconocida, que los mismos que no tienen valor para asegurarse esta ventaja, se la desean por lo menos á sus hijos, á sus esposas y á todos los que tienen con ellos relaciones ó negocios de verdadera importancia.

A la verdad, ¿qué confianza se puede hacer de un hombre que segun sus máxi-

mas debe despreciar todas las leyes cuya infraccion pueda ocultar, y que solo por una inconsecuencia se sujeta á su observancia? Porque si no hay Legislador eterno ni supremo Remunerador, las leyes, privadas de su sancion, nada tendrian de respectable, y todas las reglas de nuestras acciones y sentimientos serian invenciones arbitrarias ó vanas preocupaciones, y asi la sumision á estas leyes no seria otra cosa que un efecto del disimulo ó de la imbecilidad. De aqui resultaria que no hay orden público fundado en razon, y que cada ciudadano lo debe dirigir todo á su bien particular: que la autoridad del príncipe ó de los magistrados no es mas que tiranía, cobardía y flaqueza el espíritu de subordinacion, y la mas audaz independencia magnanimidad la mas digna de elogios. Consecuencias desastrosas, pero que se siguen tan necesariamente de la impiedad que un impío ha sido siempre en todos los siglos y para todos los pueblos una especie de monstruo, y todavia no ha cesado de ser para la multitud un objeto de espanto y de execracion, y aun él mismo no puede acostumbrar sus oidos á su propio nombre, y se ofende de él como de una sangrienta injuria.

Pero esta calificacion tan irritante y odiosa no solo conviene á la apostasia declarada, sino tambien á aquellas almas temerarias y débiles, que no tienen la humildad de reserva de la fé, ni la descarada audacia del ateísmo: á aquellos que dudan y creen segun su capricho; que se permiten cuestiones irónicas, conclusiones sofísticas, y blasfemias encubiertas y paliadas, cuya explicacion tal vez les daria horror. No, aqui no hay medio: del menor punto de revelacion no admitido, ó solo puesto en duda, hasta la entera subversion del dogma y de la moral evangélica, hay una conexion tan estrecha y necesaria como indudable es que la Verdad increada se debe mostrar fiel en todas sus palabras. Si todo cuanto Dios nos ha revelado y cuanto la Iglesia nos obliga á creer, no es cierto y verdadero en toda su estension, nada queda, absolutamente nada, que bajo este concepto, y en virtud de la fé, merezca la menor creencia, el menor respeto ni la menor atencion. Preciso es, pues, venerar y creer generalmente cuanto

la fé nos enseña, ó pisarlo todo sin excepcion, sin ninguna consideracion política ó social, sin temer las consecuencias, pues todas ellas serian infinitamente menor mal que la tiranía del error; y asi solo podrian detener á los embusteros y cobardes: resultado horrible, pero necesario, de las primeras libertades en materia de impiedad.

Cotéjese ahora la Historia de la Iglesia considerada principalmente en su primera

edad, quiero decir, la maravilla de su establecimiento y de su propagacion, con el ligero diseño que acabamos de hacer de los estravios de la incredulidad, y dése el fallo en este cotejo segun las nociones mas comunes de la razon y del juicio. A las reflexiones de nuestros lectores dejamos el cuidado de decidir á quién deben conceder la preferencia, si á la incredulidad ó á la Religion.